

elQuincenal

Colegio Internacional Kolbe

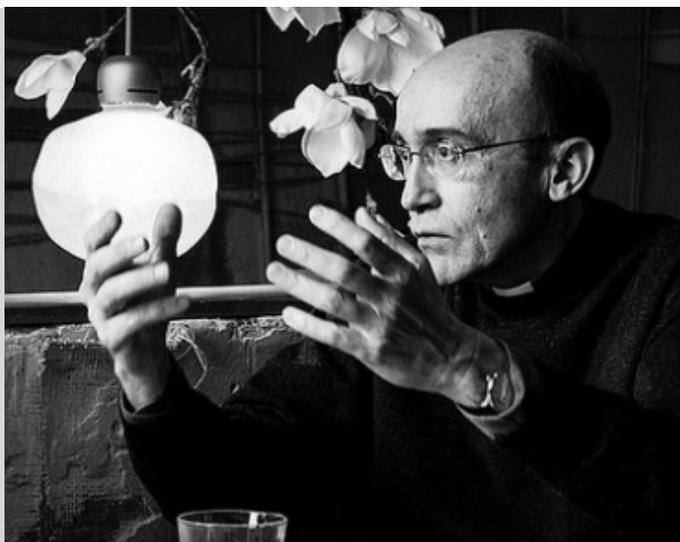
Los maestros y el deseo de conocer

PUBLICADO EL 24/02/2017

EL  MUNDO



ARTÍCULO DE JAVIER PRADES LÓPEZ



BREVE BIOGRAFÍA DE D. JAVIER PRADES

El pasado 24 de febrero de 2017 se publicó en El Mundo el artículo escrito por Javier María Prades, con el título Los maestros y el deseo de conocer. Javier María Prades es sacerdote de la diócesis de Madrid. Obtuvo la licenciatura en Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y es Doctor en Teología en la Universidad Gregoriana de Roma, Catedrático de Teología dogmática, director del Departamento de Teología dogmática y Rector de la Universidad de Estudios Eclesiásticos San Dámaso de Madrid.

Fotografía: Lupe de la Vallina

Educación es una tarea decisiva para cualquier sociedad y en cualquier época. En nuestro tiempo, sin embargo, ha llegado a ser frecuente hablar de una “emergencia educativa”. ¿Por qué se habla ahora de emergencia?, ¿qué diferencias hay respecto al pasado? Los estudios nacionales e internacionales ofrecen datos que justifican esa valoración. En un informe publicado por la Fundación Europea Sociedad y Educación y la Fundación Areces (2015), Pau Balart y Antonio Cabrales señalan que “en una comparativa internacional, los malos resultados que obtiene España en las pruebas PISA son en gran parte consecuencia de su alto decaimiento en el rendimiento”. Para ambos autores esa debilidad de los estudiantes puede estar relacionada con “las habilidades no cognitivas como podrían ser el esfuerzo, la motivación o la perseverancia”.

No es poco identificar una causa de los malos resultados del sistema educativo precisamente en el ámbito de las “habilidades no cognitivas”. Nos permite sugerir que educar no se limita a instruir. Así lo apunta el psicoanalista italiano Massimo Recalcati: “¿Puede contentarse la práctica de la enseñanza con quedar reducida a la transmisión de la información -o, como prefiere decirse, de competencias-, o debe mantenerse viva la relación erótica del sujeto con el saber?”. ¿En qué consiste esta erótica del saber? Él mismo lo aclara: “La erótica de la enseñanza se sustenta sobre el amor por el saber que es amor por una carencia que nos atrae y causa el deseo de conocer”.

Los datos de los informes sobre nuestro país podrían abrumarnos. Nadie duda de que los aspectos técnicos e institucionales del sistema educativo son indiscutibles a la hora de buscar remedios a través de una posible reforma legislativa. Entonces, poner en primer plano el deseo de saber ¿significa, acaso, minusvalorar el sistema de instrucción, sus estructuras y sus leyes? En absoluto, se trata exactamente de lo contrario: ver cuál es el mejor modo posible de volverlo útil para que cumpla su finalidad.

La inversión estatal y la de iniciativa social en el campo educativo, así como una legislación adecuada, son imprescindibles para ofrecer más y mejores recursos a los educadores. A partir de ahí, ¿qué margen queda para retomar

con confianza el proceso educativo?, ¿sigue siendo posible educar? La respuesta será positiva si se trata, como señalan los expertos, de reforzar habilidades no cognitivas, y si la educación reclama una erótica, es decir, avivar el amor por el saber. He aquí un punto de partida sólido para afrontar la situación, realmente urgente, que describen los informes PISA sobre España.

El verdadero reto para quien educa es el de despertar el deseo. ¿Cómo enseñar a nuestros estudiantes a no temer la búsqueda de la verdad? ¿Cómo educarlos en la libertad? ¿Cómo hacer para que estén inquietos en la búsqueda? George Steiner no se ha resignado nunca a una postura derrotista o quejumbrosa. Sostiene que la relación entre maestros y discípulos puede siempre renacer y ofrece esta justificación: “La libido sciendi, el deseo de conocimiento, el ansia de comprender, está grabada en los mejores hombres y mujeres. También lo está la vocación de enseñar”. Nuestro





La revolución educativa (...) consiste en despertar el corazón del estudiante



gran recurso es, precisamente, el deseo de conocer, deseo que mueve tanto a los educadores como a los educandos. Es posible compartir el diagnóstico de Steiner porque tenemos un formidable aliado que nos permite afrontar la tarea con esperanza, incluso en tiempos de emergencia educativa: el corazón humano. Podríamos enumerar muchos factores que empeoran el decaimiento en el rendimiento, es decir, esa “anestesia” a la que ha aludido el papa Francisco para denunciar que el poder mundano busca adormecer el corazón y privar al estudiante de su ímpetu original. Pero nada podrá impedir que en cualquier joven o cualquier adulto perviva esa extraña desazón que el entonces cardenal Jorge Bergoglio describía con claridad: “el hombre no es un ser tranquilo en sus propios límites sino que es un ser en camino y cuando no entra en esa dinámica se anula como persona, o se rompe. Ponerse en camino se debe a una inquietud interior que empuja al hombre a salir de sí. Hay algo fuera y dentro de nosotros que nos llama a emprender el camino”.

La acumulación de factores adversos no podrá nunca silenciar por completo esta llamada. En la tarea educativa Steiner lo apuesta todo sobre la capacidad de identificar y acompañar esa inquietud: “Hasta en un nivel humilde -el del maestro de escuela-, enseñar, enseñar bien, es ser cómplice de una posibilidad transcendente. Si lo despertamos, ese niño exasperante de la última fila tal vez escriba versos, tal vez conjeture el teorema que mantendrá ocupados los siglos”. Si lo despertamos... ¡Este es el meollo de nuestro desafío como educadores! El punto de Arquímedes en el que apoyar una revolución educativa, desde la escuela más humilde a la universidad más sofisticada, consiste en despertar el corazón del estudiante, poniendo en marcha su razón y su libertad.

Es de todo punto esencial el modo en que acompañamos la relación de cada estudiante con la vida entera, a través de las materias y las actividades académicas, precisamente, para que perciban su profundidad, su apertura al significado completo hasta llegar a descubrir el Misterio oculto y manifiesto en todas las cosas. De otro modo, la realidad perderá su atractivo y el estudiante se empobrecerá porque el corazón se anestesiará. No hay otra vía para lograr una educación a la altura del reto que afrontamos. Ahora bien, podremos acompañar a los estudiantes de este modo si también nosotros estamos implicados personalmente en la búsqueda del significado de la realidad entera.

La verificación de este planteamiento no puede consistir en una comparación abstracta entre varios sistemas de ideas ya confeccionados, para ver cuál incluye más elementos que los demás y así demostrar su adecuación. Se trata de emprender



la tarea concreta, invitando a comprobar libremente una hipótesis, recorriendo un camino humano: pongamos manos a la obra y comuniquemos unos a otros lo que sucede. Bien lo entendió María Zambrano al describir la educación como un proceso nunca terminado: “Pues una lección ha de darse en estado naciente (...) la pregunta del discípulo, esa que lleva grabada en su frente, se ha de manifestar y hacerse clara a él mismo. Pues el alumno comienza a serlo cuando se le revela la pregunta agazapada dentro, la pregunta que, al ser formulada, es el inicio del despertar de la madurez, la expresión misma de la libertad. No tener maestro es no tener a quién preguntar y, más hondamente todavía, no tener ante quién preguntarse”. Tener alguien a quien preguntar y, más aún, ante quien preguntarse puede ser una forma distinta de aludir a la “erótica del saber”.

El profesor abre al estudiante el vínculo entre sus preguntas y las posibles respuestas, en la medida en que también él se pregunta y tiene a quien preguntar. Un estudiante que haya estado alguna vez delante de un maestro, que haya aprendido con él a preguntar y preguntarse, no sólo recordará siempre a su educador, sino que deseará seguir comprendiendo cada vez más el enigma fascinante y siempre dramático del Misterio de la vida. En consecuencia, podrá mejorar sus habilidades cognitivas y así contribuir a que los informes internacionales sobre España cambien de tendencia.



“Educa quien es capaz de aprender”

Macarena García

Hace cuatro años apareció la posibilidad de formar parte del proyecto bilingüe en el Colegio junto a una compañera impartiendo la asignatura de Tecnología en inglés. Para ello era necesaria la titulación y la formación. Acepté la propuesta y me puse a ello. No ha sido sencillo este proceso de estudio, pues ha sido un complemento a la propia carga laboral y familiar del día a día. Las condiciones tampoco han sido las más favorables pues he tenido dos hijos en este tiempo. Alguna vez he asistido a las clases de formación con ellos, con el cansancio añadido que eso implica.

En este periodo me he vuelto consciente de que no habría sido capaz de semejante sobre esfuerzo estando sola. Ha sido un gran estímulo la compañía de mi profesora y mi compañera, además de todos los que me han respaldado indirectamente: familia, Colegio y amigos. Especialmente en los momentos en que se ponía en duda si tal esfuerzo era necesario, procuraba fiarme de la profesora que, como maestra, veía en mí una posibilidad que yo no divisaba. Supo acompañarme y alentarme, no sin exigencia, en este camino. Ha sido también importante la experiencia hecha en el aula, con mis alumnos, algo que ha empezado este curso y que significa el verdadero reto.

A esto hay que sumar que la ley educativa modificó la asignatura de Tecnología incluyendo contenidos de robótica y programación. Me produjo un absoluto rechazo, ya que suponía un esfuerzo de más el aprender unos contenidos que no me parecían relevantes ni para mí ni para mis alumnos. Pero también es cierto que para descubrir realmente qué importancia tenían estos contenidos era necesario aprenderlos, conocerlos. No se puede transmitir nada a los alumnos si no es porque existe la intuición de que lo enseñado es un bien y tiene que ver con la construcción de nuestra persona. Era indispensable apasionarse con los nuevos contenidos. Tras unas cuantas sesiones de formación en robótica y programación empiezo a intuir su sentido y utilidad, su belleza. E impartirla a día de hoy ha conllevado un gran descubrimiento. Mis alumnos me reconocen como profesora no porque no incurra en errores en el inglés o porque lo sepa todo del mundo de la programación. Es más bien porque ven en mí a alguien que sabe dónde quiere

llevar a sus alumnos, igual que los que me impartieron los cursos antes mencionados. Ser maestro es ser guía ya que descubro el conocimiento junto a ellos.

El gusto por el estudio, el gusto que el conocimiento proporciona, «la erótica del saber» como dice Javier Prades en su artículo, eso lo he conocido en mi trabajo. A veces sucede de forma inmediata en clase. Otras veces, como les sucede a los chavales, se ha mostrado con el tiempo. Es cierto que el gusto del conocimiento es un bien en sí mismo. Y es un goce que exige esfuerzo, ir más allá de la propia apetencia. No debe confundirse este esfuerzo con hacer todo con “buena disposición”. Personalmente, he tenido que estudiar, hacer deberes y seguir una hoja de ruta, a veces difícil, que me marcaba un profesor que sabía cuál era el destino de dicho aprendizaje. Muchas veces fui a clase sin ganas, poco disponible, decayendo otras tantas por el cansancio. Pero un maestro lo es precisamente por ser apasionado en su materia y no por ser un gran estratega de la motivación. Mis profesores retomaban conmigo, con exigencia y sin ahorrar nada de esfuerzo, este proceso de aprendizaje. No para que yo obtuviera resultados plausibles, sino sobre todo porque me querían, y anhelaron transmitirme el gusto del conocimiento en sus clases. Ahora lo veo también en el curso de robótica que estoy haciendo. El aprendizaje necesita de esfuerzo, compensado en abundancia por el gusto del conocer y del saber. Mis alumnos pueden ver este afecto en mí hacia ellos, hay mil ejemplos que podrían ponerse. Un afecto que coexiste con mi incapacidad, con mi temperamento y con el esfuerzo que tengo que hacer muchas veces. Digo más, es a menudo el propio límite lo que nos une en este camino hacia el conocimiento, como cuando hay una parte de la materia que me exige más concentración para explicarla en inglés. Mis alumnos saben que aprendo con ellos el valor de las habilidades no cognitivas a las que Prades se refiere: el esfuerzo, la perseverancia y la motivación. No es un esfuerzo yermo o inútil, sino que busca el goce supremo de la inteligencia, orientado a un fin que va más allá del propio esfuerzo. Un esfuerzo que debe darse «precisamente para que perciban su profundidad, su apertura al significado completo hasta llegar a descubrir el Misterio oculto y manifiesto en todas las cosas».

